

MARÍA JOSÉ BINETTI

*Pontificia Universidad Católica Argentina*  
*Santa María de los Buenos Aires*

## La afirmación real del amor

### 1. Introducción

En este homenaje a Josef Pieper, quisiera reflexionar sobre aquellas magistrales palabras que, en el tratado de *Las virtudes fundamentales*, describen el sentido fundamental del amor como "el puro asentimiento afirmativo a lo que ya está ahí"<sup>1</sup>. Hay en estas palabras un antes y un después del amor: un ser ahí y un puro asentimiento, que conceden al espíritu la afirmación de lo plenamente real. Hay en ellas una realidad propia del amor, creadora de sentido y de valor. A ello se consagra el título de esta reflexión, concentrada en la amorosa afirmación de lo real.

De manera magistral, las palabras de J. Pieper invitan a descubrir este poder de realidad, cuyo poeta celebró por mover el sol y las estrellas<sup>2</sup>. En el amor está el Origen y la Causa, la razón de existir y el poder de recrearse cada día. Él fecunda y sostiene lo real. Abre el único camino iniciado en la creación divina y consumado en la caridad como unión perfecta. Por el amor, el sujeto personal rehace la semejanza consigo mismo, con los otros y con Dios, mientras la Alteridad absoluta le asegura el sentido de su identidad singular.

Las páginas que siguen intentarán abordar este infinito poder, al cual J. Pieper nos convoca.

### 2. El don del amor

Porque Dios es Amor, en el amor reside la única causa de su comunicación e inhabitación en la creatura de un modo más íntimo que ella en

---

<sup>1</sup> PIEPER, J., *Amor*, en: *Las virtudes fundamentales*, Madrid, Rialp, 1988, p. 437.

<sup>2</sup> Cf. ALIGHIERI, D., *La divina comedia*, III, IX, 33.

sí misma<sup>3</sup>. Hay ser porque hay Amor, y desde Él emerge lo real bajo la forma de un don absoluto. El Amor ordena el sentido de lo finito, y la experiencia de su gratuidad decide para el hombre el valor de su existencia. Descubrir que todo es don y que detrás del don está el Amor significa reencontrar el fundamento desde el cual hemos sido arrojados para salvarnos. La existencia es ciertamente un flujo incesante y muchas veces indiscernible para la razón humana, pero es precisamente el flujo incontenible del amor; un devenir inagotable en el que se renueva a cada instante la presencia eterna de un don, surgido de la nada y dirigido hacia una plenitud. Sin este sentido creatural, que Pieper nos ha enseñado tan profundamente, la experiencia del devenir significaría el vacío irrevocable de la nada y de la muerte.

Porque el Amor ha decidido plasmarse en la esencia de la creatura, el ser finito habla el lenguaje de la donación, y el universo concreta el intercambio recíproco de lo que ha sido dado. Comprender el don es entonces abrir el alma a lo real y dejarse fecundar por su belleza. En esta apertura, el espíritu no sólo se levanta sobre sí mismo sino que consigue a la vez su elevación a Dios, más íntimo que él mismo. El don del Amor, iniciado en la generosidad divina, espera repetir en la existencia humana un análogo de su gratuidad. De aquí su juicio inapelable, directamente proporcional a lo dado y recibido.

### 3. La condición finita del amor

La naturaleza dual del amor —expuesta por Platón en el bellísimo mito de *El banquete*<sup>4</sup>— implica tanto la indigencia de lo posible como la riqueza de una posesión nunca totalmente adquirida, sino siempre en curso de adquisición. *Éros* es esencialmente por herencia lo que su condición dialéctica lo impulsa a buscar. Por ser pobre, él desencadena el dinamismo natural del ser finito. Su potencialidad constitutiva lo proyecta hacia la realidad ideal de sí mismo, y va jalonando de este modo un ascenso erótico hacia la perfección, que despliega toda la riqueza de la cual lo real es capaz. Pero la inquietud de lo posible no es sino la afirmación del ser, y en este último sentido el amor es rico por su herencia de realidad.

La riqueza heredada del amor consiste en su afirmación originaria, metafísicamente prioritaria sobre su tensión potencial. El amor como

---

<sup>3</sup> Dice San Agustín al respecto: "Tu interior intimis meis, tu intus in corde legem posuisti mihi spiritu tuo, tanquam digito tuo; ut eam non tamquam servus sine amore metueren, sed casto timore ut filius diligere, et dilectione casta timerem" (cf. *Enarraciones sobre los Salmos*, en *Obras de San Agustín*, trad. A. C. Vega, Madrid, BAC, 1967, vol. XXII, 118, 22, 6).

<sup>4</sup> Recordemos el texto platónico: "Hijo que es de Poros y Penía, el Amor queda en la situación siguiente: en primer lugar es siempre pobre y está muy lejos de ser delicado y bello... Pero por otra parte, según la condición de su padre, acecha a los bellos y a los buenos" (cf. PLATÓN, *El banquete*, Aguilar, Buenos Aires 1960, 203 a - e).

posición precede al amor como tendencia, y esto es lo que J. Pieper nos asegura al decir que "aprobar y afirmar lo que ya es realidad, eso es amar"<sup>5</sup>. "El puro asentimiento afirmativo a lo que ya está ahí"<sup>6</sup> define —para el maestro alemán— la "actuación fundamental"<sup>7</sup> del querer, el origen y comienzo, principio y núcleo de la existencia. El amor mueve por su adhesión primordial al ser, previa a toda intencionalidad. Y esta afirmación inicial, primer motor del existente finito, constituye la fijación inmovible en el bien, donde el amor está arraigado por participación creatural.

La riqueza heredada convierte a *éros* en el recreador de una Belleza<sup>8</sup>, cuya contemplación lo fecunda. El amor fecundado por lo bello es capaz de procrear, de engendrar, de producir o mejor aun, de autoproducir el ser espiritual, la identidad y la plenitud existenciales legadas por derecho paterno y presentes en el hijo bajo la forma de un no ser aún, ansioso de la ancestral perfección<sup>9</sup>. Concibiendo y dando a luz en la belleza, él afirma el ser, lo renueva, lo produce constantemente, y en esta creación reside lo que Pieper califica como "la configuración suprema de la afirmación de una cosa"<sup>10</sup>.

Entre *Póros* y *Penía* queda jalonado el ascenso por el cual la pobre multiplicidad de lo real asciende a la riqueza plena de la unidad, esa riqueza que desconoce mengua alguna, pero que fue perdida en el origen mismo de la creación, a fin de que lo múltiple pudiera existir. De aquí la naturaleza intermedia de *éros*, emplazado entre el ser y el no ser, lo mismo y lo otro, el movimiento y la quietud, al modo de "un lazo que une el Todo a sí mismo"<sup>11</sup> a fin de restaurar la semejanza perdida. El deseo existencial es insaciable, porque a él pertenece la riqueza paterna de una infinitud que nunca se agota, respecto de la cual todo crecimiento renueva las ansias y cada afirmación amorosa promete mucho más.

#### 4. El *ordo amoris*

Con la herencia de *Póros* y la condición de *Penía*, la realidad inicia su camino de retorno: ese ascenso erótico que constitutivamente la ordena hacia sí misma y define la ambigüedad de su existencia temporal y finita. No obstante, vale hacer aquí una distinción fundamental, porque mien-

<sup>5</sup> PIEPER, J., *Las virtudes...*, cit., p. 437; cf. también SANTO TOMÁS DE AQUINO, *De Potentia*, 3, 15 ad 14.

<sup>6</sup> PIEPER, J., *Las virtudes...*, cit., p. 437.

<sup>7</sup> Cf. PIEPER, J., *Las virtudes...*, cit., pp. 438-439; cf. también SAN AGUSTÍN, *La ciudad de Dios*, 14, 6.

<sup>8</sup> Cf. PLATÓN, *El banquete...*, cit., 210 e; 211 a-c.

<sup>9</sup> Cf. PLATÓN, *El banquete...*, op. cit., 209 c.

<sup>10</sup> PIEPER J., *Las virtudes...*, cit., p. 443.

<sup>11</sup> PLATÓN, *El banquete...*, cit., 202e.

tras el dinamismo natural de lo existente lo conduce hacia sus fines mediante el orden inmanente de las causas, el dinamismo humano es la tarea de la libertad, y ella determina la trascendencia causal del amor. El acto plenamente humano no es el simple operador de un fin tendencial, natural o sensible, sino la acción autoconsciente de un poder absoluto. Cuanto mayor sea la luz del amor, mayor fuerza habrá en la libertad para engendrar aquello que eternamente la ha fecundado.

Planteado en términos subjetivos, el ascenso erótico hacia la plenitud personal describe el devenir intrínseco de una libertad actuada en la trascendencia, y su autodespliegue constituye el proceso unificador de todos aquellos elementos que definen la vida humana concreta. El sujeto personal aspira a afirmarse en la unidad, y su acción espiritual se consume en el amor el lazo indisoluble de la unión, que ordena todas las fuerzas subjetivas en la identidad personal. La inteligencia y la voluntad, el querer y el deber, el tiempo y la eternidad, lo finito y lo infinito confluyen así en la conciencia de un mismo poder, difusivo de sí y comprometido con el otro.

Cuando se habla de orden, se entiende por ello cierta unidad en la diversidad, cierta reducción de lo múltiple a la conveniencia y concordia. En el caso del amor, el orden designa la identidad de toda tendencia con una decisión fundamental determinante del sujeto en cuanto que tal. Antes que la multiplicidad de apetitos se disperse según sus objetos específicos, una adhesión fundamental emana en ellos: la adhesión del yo a sí mismo. Se trata aquí de una afirmación fundamental del propio ser, que comunica su fuerza a cada momento del devenir, de una tendencia hacia lo uno que finaliza toda diversidad.

Por otra parte, dado que el yo personal posee un carácter esencialmente relacional, la subjetividad no existe sin los otros, y en este sentido es precisamente la caridad el orden del yo, que hace de todo hombre el prójimo. El individuo se ama en el prójimo y ama al prójimo en sí mismo, conforme a una relación de igualdad delante de Dios que conserva la diferencia. La apertura espiritual constituye la manifestación del otro a la vez que fundamenta la existencia auténtica del propio yo. Porque la alteridad pertenece al sentido íntimo de la existencia, cada hombre es una tarea moral, convertible con la propia realización personal. El amor, vínculo de perfección, conserva así, en su intencionalidad constitutiva y absolutamente afirmativa del prójimo, la diferencia intersubjetiva.

Este amor —que es orden del yo, lazo de la unión y realidad de la semejanza— determina lo que San Agustín ha llamado virtud<sup>12</sup> y J. Pieper, siguiendo a Santo Tomás, ha definido como el "maximum potentiae"<sup>13</sup>, entendiendo por ello la acción total del espíritu humano. En la virtud, la

---

<sup>12</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *La ciudad de Dios*, 15, 22.

<sup>13</sup> Cf. PIEPER, J., *Las virtudes...*, cit., p. 15.

subjetividad es fuerza y luz, inteligibilidad y efectividad de aquella posibilidad constitutiva que añoró fecundarse en la Belleza. Con este máximo poder emerge la libertad, para prolongar una verdad que, presente virtualmente en el espíritu humano, se difunde a la totalidad de la existencia. La más alta unidad de la vida, realmente convertible con el ser y el bien personal, reside en esta entrega de las fuerzas humanas a la eficacia del amor.

La experiencia central del amor es esencialmente la experiencia de la libertad auténtica, es decir, el cumplimiento de una decisión abierta a la verdad y adherida al ser. Esto significa, dicho de otro modo, que sin amor, la realidad se nos escurre de las manos, el otro se transforma en un fenómeno marginal y el yo mismo se invierte en un efecto de superficie. Muchas de las crónicas facilitadas por los autores posmodernos describen una existencia humana vivida desde la periferia, donde la libertad ha perdido al yo real y donde el *ordo amoris* no tiene otro sujeto que el impersonal tejido socio-cultural.

##### 5. El amor humano en la situación actual

Vivimos hoy las consecuencias de un disparo a muerte contra el paradigma predominante del sujeto moderno. El dogma de la unidad inmediata del yo como individuo dominador del universo ha sido derrocado, para entronizar en su lugar la hegemonía de los procesos de producción, la imposición social y el sometimiento a una autoridad, en última instancia económica. El sujeto autoconsciente y uno—baluarte hegemónico de la modernidad—ha denunciado sus máscaras, y ya ni siquiera desea tener rostro. La postmoderna crítica deconstruccionista, arraigada en la tradición nietzscheana y heideggeriana, busca ahora una nueva experiencia de sí mismo y del mundo, “más allá del sujeto”<sup>14</sup> y frente a la “equivalecia infinita de un devenir ilimitado”<sup>15</sup>, sin presencia ni presente.

La infinita igualdad de lo real nos propone actualmente la paradoja de todos los sentidos a la vez y de todas las causas conjugadas<sup>16</sup>, en el instante de un *aión* vacío y sin espesor<sup>17</sup>. Su propuesta dice ser el desenlace de una historia que ha concebido al “hombre como ente pensante representador”<sup>18</sup>, y le revela ahora su impotencia para fijar cualquier identidad o nombre propio alguno. La historia ha subvertido la representa-

<sup>14</sup> Cf. VATTIMO, G., *Más allá del sujeto. Nietzsche, Heidegger y la hermenéutica*, trad. J. C. Gentile Vitale, Buenos Aires, Paidós, 1992.

<sup>15</sup> DELEUZE, G., *Lógica del sentido*, trad. M. Morey, Buenos Aires, Paidós, 1989, p. 26.

<sup>16</sup> Cf. DELEUZE, G., *Lógica del...*, cit., pp. 26 ss.

<sup>17</sup> Cf. DELEUZE, G., *Lógica del...*, cit., pp. 172 ss.

<sup>18</sup> HEIDEGGER, M., *Sendas perdidas*, trad. J. Rovira Armengol, Buenos Aires, Losada, 1969, p. 96.

ción en simulacros y la presencia viva en la diferencia infinita de un desdoblamiento siempre limitado<sup>19</sup>. Nuestro tiempo está así destinado a repetir una presentación, que jamás ha sido el presente de sí misma ni puede ser siquiera su representación<sup>20</sup>.

El colapso metafísico de lo absoluto es sucedido por una analítica de la finitud que subsiste en el plano de la inmanencia y se ve obligada a la repetición de una totalidad sin distinción ni fundamento infinito. En el eterno retorno de lo mismo, sin origen ni fin, sin modelo ni copia, los hechos han perdido su presencia real y el hombre su voluntad de ser. A propósito de esta idea, M. Foucault asegura que al antiguo yo pienso "no es posible hacerlo seguir por la afirmación de que 'soy'"<sup>21</sup>, porque "el cogito no conduce a la afirmación del ser, sino que se abre justamente a toda una serie de interrogaciones en las que se pregunta por el ser [...] se plantea por primera vez la interrogación acerca del ser del hombre en esta dimensión de acuerdo con la cual el pensamiento se dirige a lo impensado y se articula en él"<sup>22</sup>.

El ser se ha convertido en la noche oscura de la razón y lo real se ha transformado en una región abismal cerrada sobre sí misma como una fortaleza infranqueable. Pero este asesinato de la realidad —explica J. Baudrillard— no obedece a su desaparición total, sino a la implosión y liberación de su orden y medida. El exterminio ha suprimido las cosas colocándolas fuera de su modo esencial. La acción personal, antes consecuente con el ser y ahora extraviada de su identidad, se resuelve en la indeterminación y la incertidumbre, sin ascensos perfectivos ni desarrollos naturales a seguir. Nada crece, todo prolifera indiscriminadamente. Nada descansa ya en lo propio e íntimo, sino que todo se extravierte en una confusión general carente de referencias.

El *trans* de la antigua metafísica es hoy el *trans* de la inconsistencia y virtualidad, en el cual "las cosas siguen funcionando cuando su idea lleva mucho tiempo desaparecida"<sup>23</sup>. Con este más allá, el deseo nietzscheano de trascender el bien y el mal, la verdad y los valores, se cumple como caos y extrapolación en todas las direcciones. La apariencia, liberada del orden esencial, confiere a las cosas un halo de transparencia que acontece en el celestial destino de una facticidad absoluta. La transparencia es hoy el efecto de una superficie sin espesor, que refracta y fragmenta toda mirada. Cualquier imagen tiene el poder de desviarnos y distraernos porque nunca ha tenido rumbo cierto.

En tal metacontexto universal, programado por los juegos del poder, la propia perdición es el destino de lo finito, inaccesible a la verdad. Su

<sup>19</sup> Cf. DELEUZE, G., *Lógica del...*, cit., p. 266.

<sup>20</sup> Cf. DERRIDA, J., *La voix et le phénomène*, Paris, Presses Universitaires de France, 1967, pp. 114-117.

<sup>21</sup> FOUCAULT, M., *Las palabras y las cosas*, México, Editorial Litoarte, 1977, p. 315.

<sup>22</sup> FOUCAULT, M., *Las palabras...*, cit., p. 316.

<sup>23</sup> BAUDRILLARD, J., *La transparencia del mal*, Barcelona, Anagrama, 1991, p. 12.

falsedad se manifiesta en una pulsión original de exilio y de viraje. La existencia está destinada a morir, metamorfoseando el vacío interior que la potencia y proyectando su indefinición en el brillo de la apariencia total, como en un juego sin sentido ni fin. El disparo a muerte contra el sujeto moderno se realiza así lúdicamente, bajo el auspicio de una seducción hiperactuada por la oscilación y la fugacidad instantánea.

Para decirlo brevemente, aquella identidad absoluta que el amor supo y sabe afirmar en sí mismo y en otro, no supera hoy los límites de "una hazaña efímera"<sup>24</sup>, anticipada al fracaso.

## 6. Conclusiones

Nuestra situación actual, urgida por un sentido de lo humano a la altura de su dignidad y vocación originarias, nos trae de vuelta al amor y a esa afirmación radical que J. Pieper nos propone repensar. Comprender el amor es comprender la esencia humana, y comprenderlo verdaderamente es afirmar lo real en la fecundidad de su bondad y su belleza.

Precisamente porque existir es devenir, y el ritmo exuberante de la existencia ha desbordado siempre los insuficientes diques racionales, el amor erige al hombre sobre la roca inconvencible que no pasa, como tampoco pasa la identidad original que él repite en cada instante, en cada idea, en cada decisión. Más allá de nuestras pobres aproximaciones racionales está el amor, para concebir la certeza de lo inmutable, mientras el conocimiento abstracto sólo es capaz de alcanzar lo real en su existencia hipotética o en la transferencia analógica del propio valor personal, la convicción del amor produce y sostiene una realidad de la que no se puede dudar, porque en ella el ser está decidido. Mientras la razón prolifera en representaciones y significados, el amor da el sentido de lo indiscernible y realiza lo ideal. Por encima de todos los poderes está el poder del amor, que quiere ser sí mismo, afirmado en Dios y para el otro. Y no hay máscaras ni seducciones ni subterfugios que puedan engañar al amor, cuando él se afirma a sí mismo.

Junto con J. Pieper, quisiera concluir aquí, y en su homenaje, con otros dos grandes maestros del amor. En primer lugar, con E. Lévinas, para quien "la filosofía, amor a la verdad siempre futura, se justifica en su dimensión más amplia: sabiduría del amor"<sup>25</sup>. En segundo lugar, con S. Kierkegaard, quien describe esta sabiduría en los siguientes términos:

<sup>24</sup> BAUDRILLARD, J., *La transparencia...*, cit., p. 60.

<sup>25</sup> LÉVINAS, E., *De otro modo que ser, o más allá de la esencia*, trad. A. Pintor Ramos, 2ª ed., Salamanca, Sígueme, 1995, p. 77.

“¿Qué es lo más viejo de todo?. El amor. ¿Qué es lo que sobrevive a todo? El amor. ¿Qué es lo que no puede ser aferrado, sino que él aferra todo? El amor. ¿Qué es lo que subsiste cuando todo nos traiciona? El amor. ¿Qué es lo que consuela cuando toda consolación desfallece? El amor. ¿Qué es lo que dura cuando todo cambia? El amor. ¿Qué es lo que permanece cuando lo parcial desaparece? El amor. ¿Qué es lo que testimonia cuando la profecía guarda silencio? El amor. ¿Qué es lo que persiste cuando la visión se borra? El amor. ¿Qué es lo que da la explicación cuando el discurso oscuro termina? El amor [...] ¿Qué es lo que permanece para siempre inmutable cuando todo cambia? El amor, y sólo es amor lo que nunca cambia por otra cosa”<sup>26</sup>.

Porque la verdad del amor todo lo cree sin ser jamás defraudada y todo lo espera sin estar nunca confundida, sobre ella se afirma y descansa la realidad de lo ya ahí.




---

<sup>26</sup> KIERKEGAARD, S., *Trois discours édifiants*, en *Oeuvres complètes de Soeren Kierkegaard*, trad. P.-H. Tisseau - E. M. Jacquet-Tisseau, 20 vol., Paris, Editions de l'Orante, 1966 ss., vol. VI, III, 303-304.